

determinada que impregne carácter al número.

Sao Paulo nos abre el camino hacia la poética elemental, hacia la poética de lo elemental. Esta actitud se respira a lo largo de las 136 páginas.

Sao Paulo es un destino iniciático, revelador, un destino ideal para matar al padre y descubrir a la madre; también al abuelo.

Qué lástima, Mendes da Rocha no está a la altura de los más grandes, a pesar de las fotos tan atractivas que nos ha vendido. Su retórica formal no viene a cuento en estas condiciones, en estas latitudes. Me gusta, pero no me interesa. Hay un punto de sobreactuación a pequeña escala en su trabajo. El problema ha sido mío, por haber esperado demasiado.

Frente a esta decepción, que nos sorprendió a contrapié, aparece, asomando entre los demás, como un tótem a horcajadas, una diosa: Lina Bo Bardi. Esta arquitecta italiana es sencillamente brutal. Es poética elemental.

P.D. Nada se entendería sin Vilanova Artigas.

Sobre el pase natural. RA-356

42.1 > Joselito - 2009

"El natural es posiblemente el pase más puro, el fundamental, sentir el toreo en su intensidad máxima. El natural es el pase en el que más ausencia hay; el engaño es más pequeño, y no hay espada. Un buen natural debe dar toda la información sobre ti mismo".

Luis Francisco Esplá: Reflexiones. RA-363

43.1 > Luis Francisco Esplá - 2011

La fidelidad a la norma, a la regla pero, sobre todo, al rito es fundamento en el toreo. Quizás el reglamento pueda mantener sana la parte exterior, pero las esencias de éste deben su pervivencia a la tradición y los argumentos que la integran. La liturgia, como arquitectura del rito, sostiene el atalaje que da sentido al sacrificio. Nos impide despojarnos de la transcendencia de cuanto ante nosotros acontece: el espectáculo de la vida y la muerte. Sin esta consustancialidad queda banalizado el sacrificio, hasta el punto de aniquilar, con ello, los principios del espectáculo; poniendo en entredicho la muerte de un animal en un contexto público.

Dentro de esta concepción, los espacios son fundamentales. Así como sucede en el campo de la arquitectura, donde tan importante es lo que concurre en materia, como los vacíos definidos por los límites de esta, explicándonos con ello -en muchos casos- el sentido de volúmenes y formas; en el toreo los espacios son la argamasa que da contenido a cada lance, imponiendo ese criterio de coherencia que toda obra necesita. De no darse esta proporción espaciotemporal, las suertes se tornan sincopadas y episódicas. Y algo de esto está ocurriendo con el toreo moderno.

Buscando otra analogía con la arquitectura podemos establecer la mutua necesidad de impresionar, manipular o reconducir materia. La materia con la cual cuenta el toreo es la voluntad del toro; y es este -dada su singularidad- un material que cuestiona el proceso de creación. Mientras en el caso de la arquitectura el profesional parte de la inspiración, o de una idea, que luego, mediante unos procesos técnicos, termina plasmando en un material, en el caso del toro, deberemos ceder a la prioridad que le otorga su animalidad, pues es de esta indocilidad o voluntad insumisa de donde el torero irá extrayendo a sugerencias siempre de este, la consistencia matérica de su creación. Por tanto, es el material quien sugiere, y la acción del torero consiste en dar respuestas técnicas a esas propuestas. Si el animal te insinúa una cosa no la debes contravenir. Tienes que ir en la dirección indicada para darle forma. Es como tallar, requiere hacerlo siempre en la dirección de la veta.

Otra cuestión es cómo respondas ante esas instigaciones. Particularmente, mi forma de abordar esta cuestión podría estar a mitad de camino entre un concepto renacentista y una estética barroca.

La tauromaquia, como cualquier disciplina artística, nos ofrece siempre alternativas a su gestión creadora. Y uno puede optar por el fácil objetivo de satisfacer con sus producciones la demanda de un público dócil, o indagar en sus raíces creadoras, para vivir conciliado con la verdad de cuanto genera. Yo he intentado siempre la segunda opción. Aún advirtiendo la complicación de este camino. Primero has de saber qué quieres decir y cómo deseas decirlo, y, una vez aclarado esto, has de tratar de llegar hasta el fondo de tus capacidades creativas, buscar tus confines; y eso no deja de ser terrible, porque terminas encontrándolos. Y moverse por los límites de esta dolorosa frontera, implica la continua contemplación de un abismo. Abismo emocional, cuyo vértigo creador acaba indefectiblemente succionando al artista.

Esa concepción íntima del toreo me ha propiciado percibir tanto el éxito como el fracaso desde un estado de serenidad incombustible. Me refiero al éxito y al fracaso ante el público, obviando en ello mi intención de no defraudar. La afición va a verte porque reconoce tu superioridad ante el hecho de la diferencia con la cual abordas la muerte, ese es el sustrato del espectáculo. El ciudadano de a pie desea ser testigo de quien es capaz de enfrentarse a la Parca como no lo haría ningún otro ser humano. Evidentemente no puedes defraudar esta confianza.

Por todo ello, en una corrida se pueden dar cita la suma de los miedos y temores que una persona pueda experimentar en el transcurso de toda una vida: el miedo escénico, el miedo al fracaso, el miedo al dolor... Quizás por esta razón se nos tenga por especialistas en miedos. Y en parte lo somos, de hecho, hemos aprendido a convivir con ellos. Pues no pudiéndolos erradicar, (funcionan como alarmas que no debemos suprimir, pues nos mantienen alerta, pero sí es necesario mantenerlos en la proporción precisa para evitar bloqueos, tanto psíquicos, como motores), nos hemos convertido en hábiles gestores de sus nefastas energías. Se trata de crear en el espectador la apariencia de que ni miedos ni esfuerzos se dan en nuestro presupuesto escénico. Cuando manejamos sentimientos y emociones, y en este caso lo hacemos, el vehículo es importantísimo. Puedes amar a una persona y, sin decir una palabra, expresar todo ese potencial sentimental. Sin embargo, a veces, desparramado en palabrería, no llegas, estás incomunicado. De esto es de lo que se trata, o lo que yo pretendía en el toreo: crear ese contacto, establecer esa emoción a través de mi lenguaje, sin excesos, sin hacerlo obsceno. Es fundamental mostrar la aparente facilidad de lo que sabemos que requiere un tremendo esfuerzo. Es imprescindible recrear la ficción de que cualquiera podría hacerlo. Aunque todos sepan de su imposible. Antaño no se gesticulaba. Hoy, sin embargo, hay una tendencia a subrayar lo evidente, con consiguiente riesgo de convertir algo maravilloso en soez y burdo.

En cuanto a conseguir la satisfacción personal, no es fácil de lograr. Tras una faena el recuerdo de lo que no ha sido prevalece mortificándome, por encima siempre de lo culminado. Me tortura la idea de haber dejado tan sembrado algo de imperfecciones. Tal vez por ese apego al sentido de héroe homérico, que está tan presente en el toreo. De hecho fue una de las razones que me indujeron a ser torero.

En la ética homérica, al héroe no se le juzga por cuanto pretende hacer, sino por lo que consigue. El laurel es tan sólo para el ganador y quien establece la victoria posee la incontestable razón del mito. Por supuesto, siempre desde la fidelidad a la norma, respetando la regla, observando el rito. Debes quedar bajo esta supeditación que no permite atajos y es tu fundamento moral ante todo logro. Creo que eso es lo más importante.

Rozarme con la muerte, por otro lado, es probablemente la experiencia más aleccionadora del toreo, está obligada tensión cambia hasta las raíces tu concepción vital. Te enseña a juzgar la esencia de todo. Abordar la vida sin tensiones es como rehuir su desafío, convirtiéndolo en una especie de sedación, incluso de humillación. No se pueden aceptar las cosas como vienen, hay que revelarse y vivir constantemente batiéndose. Eso es realmente vivir. Eso es lo que te permite percibir y gozar la existencia. Yo lo consigo a través del toreo.

En cualquier caso, al final de cada actuación, me quedo tan turbio, que necesito días para decantar cuanto me ha ocurrido. Me siento como si me hubieran removido los posos de un alma que sólo al amparo del campo puede clarificarse.

Sobre el arquitecto de hoy. RA-366

45.1 > Eduardo Arroyo - 2013

Creo que el arquitecto ya no forma parte de nada. Me interesa la oportunidad que tenemos ahora para reconstruir un sistema corrupto y recuperar esa relación íntima -llámémoslo arte, aunque prefiero creación- con el origen de las cosas, fundamental para abandonar modelos obsoletos.

Sobre nuestros desafíos. RA-366

46.1 > Rafael Argullol - 2013

Debemos ser capaces de volver a lenguajes artísticos de tipo erótico, a una arquitectura que verdaderamente sea la demostración de ese erotismo, de la libertad cívica colectiva y de las necesidades del hábitat del hombre.

Sobre la arquitectura. RA-367

47.1 > Juan Navarro Baldeweg - 2013

Puedes dibujar un mapa a tu alrededor en el que aparezcan esas experiencias táctiles, visuales, corporales. Eso es la arquitectura.

Ese es el único camino. Pero implica, al tiempo, un discurso rotundo.